

SOBRE MATEO CEREZO

El reciente libro sobre Mateo Cerezo debido a Buendía y Gutiérrez Pastor pone en actualidad a una de las personalidades más señeras del foco pictórico madrileño del siglo xvii¹.

Como tantas veces ha ocurrido, Madrid absorbe a las figuras descollantes, si bien para ello cuentan con circunstancias que favorecen su hégira. En este caso el ser hijo de Mateo Cerezo el Viejo (como en este libro se le denomina) sería la circunstancia que le empujara a la búsqueda de mejor fortuna. Lo curioso del caso es que la fama del padre se ha fundamentado en la pintura del llamado *Cristo de Burgos*. En el siglo xvii menudean las devociones, que viajan a puntos alejados gracias a las pinturas y grabados. La notoriedad del Cristo de Burgos, obra escultórica albergada hoy en la catedral burgalesa, adquirió alas gracias a la versión en pintura que obtuvo Mateo Cerezo. Repite monótonamente el modelo, procurando firmar las obras: Matheo Zerezo. Fechado en 1664 está el ejemplar que se encuentra en la catedral de Santo Domingo de la Calzada. Firmados se hallan los de las clausuras vallisoletanas de Santa Ana y San Quirce. Con hombre y mujer como donantes es el que se conserva en el monasterio de las Huelgas Reales de Valladolid. Firmado al pie de la cruz hay otro ejemplar en la iglesia de Santa Marina de Oxirondo, de Vergara (Guipúzcoa).

Mateo Cerezo el joven fue sin duda maestro fecundo, pues sólo vivió veintinueve años (nace en Burgos en 1637 y fallece en 1666). Su producción se extiende desde 1654 en que se establece en Madrid hasta 1666, es decir, abarca unos once años. Pese a todo se le ve evolucionar de unas formas más duras a otras más etéreas. No obstante su establecimiento en Madrid, trabajó para Burgos y Valladolid. En esta última ciudad se halla durante 1658 y 1659, en que realiza las pinturas para el convento de Jesús y María². Probablemente durante su permanencia en Valladolid hace el *Cristo Yacente* de la iglesia de San Lorenzo. En el convento de San Francisco de la misma ciudad estuvieron los cuadros de la *Aparición de la Virgen a San Francisco de Asís* (hoy en el Museo Lázaro Galdiano de Madrid) y una *Inmaculada*, del Ayuntamiento de San Sebastián. Una *Inmaculada* posee la iglesia de Santa María, de Medina de Rioseco. Espléndido es el *Crucifijo* que guarda la catedral de Burgos. Asimismo hay en esta catedral un hermoso lienzo de *San Francisco y el Ángel de la Ampolla*. Agréguese la *Inmaculada* de Cubillas de Santa Marta (Valladolid) y el *Bautismo de Cristo* en Castrojeriz (Burgos). El cuadro de los *Desposorios místicos de Santa Catalina* llegó a la catedral de Palencia en el siglo xviii.

A la producción de Cerezo que existe en Valladolid puede añadirse un lienzo que posee el convento de las Descalzas Reales, que representa a la *Virgen con el Niño*

¹ J. R. BUENDÍA e I. GUTIÉRREZ PASTOR, *Vida y obra del pintor Mateo Cerezo (1637-1666)*, Diputación Provincial de Burgos, Burgos, 1986.

² De la estancia en Valladolid habla Palomino (*Museo Pictórico*); se confirma por la documentación aportada por J. PÉREZ VILLANUEVA: "Unos lienzos de Mateo Cerezo en el convento de Jesús y María de Valladolid", *BSAA*, 1935, pp. 331-350. Se ha logrado leer las firmas: E. VALDIVIESO: "Datos inéditos sobre Mateo Cerezo", *BSAA*, 1972, pp. 538-543. Firmada y fechada en 1659 está la pintura de la *Asunción*. La de la *Adoración de los Reyes* está sólo firmada.



1



2



3

y *San Francisco y Santo Domingo abrazados*. Mide 235 x 146 cms. y está defectuosamente conservado. El convento es de franciscanas, lo que justifica el tema. Por lo demás, es sabido cuan frecuentemente el arte ha recogido el tema del abrazo de San Francisco y Santo Domingo, los fundadores de las órdenes mendicantes.

La Virgen aparece sentada, con el Niño en el regazo, el cual ofrece una vara de azucenas a los dos santos. Estos contemplan la escena, con los ojos en éxtasis. En el fondo de cielo aparecen ángeles en actitudes movidas. El pintor ha potenciado el efecto de sorpresa en San Francisco y Santo Domingo, con golpes de luz intensos. El rompimiento de cielo por el contrario está interpretado con tonos claros y formas evanescentes.

Las formas de la Virgen y el Niño son compactas. Reconocen como antecedente a la *Inmaculada* de las Comendadoras de Santiago, de Madrid, y son de la época de la *Inmaculada* de Jesús y María. Lo más creíble es que este lienzo sea de estos años (1658-59). Cerezo ha pintado reiteradamente la figura de San Francisco en éxtasis, aportando siempre un rostro de intensa expresividad. Así se aprecia en el *San Francisco* de la catedral de Burgos. En cambio, ya del último período madrileño, de formas más difusas, son los mencionados cuadros que proceden del convento vallisoletano de San Francisco. Serían ya hechos en Madrid, pero el éxito de los anteriores lienzos alertaría a la comunidad de San Francisco para este nuevo encargo.

Mateo Cerezo habrá hecho un *Ecce Homo*, de colección particular madrileña. Mide 102 x 78 cms. Está pintado sobre lienzo. Cristo está cubierto con un manto escarlata, anudado en el pecho. Muestra las manos atadas con cuerda. Una caña rota es el atributo burlesco del mando. El cuerpo está ligeramente inclinado, precisamente para justificar la posición del rostro, que mira hacia lo alto. A diferencia del *Ecce Homo* que mira a la multitud insensible, aquí Cristo clava sus ojos en el Padre. Gotas de sangre surcan la cara. Toques brillantes de blanco dan vivacidad a la mirada. La espesa corona de espino cerca el cabello. También la luz penetra por las aguzadas ramas. Es un rostro entre suplicante y resignado. Una de esas caras inolvidables, de un barroco español que nunca perdió el norte del ascetismo.

La disposición y el estilo se asemeja a la cabeza del *Cristo de la Agonía* de la catedral de Burgos, firmado y estimado del último momento.

Pero este modelo es conocido en la pintura madrileña. Buendía y Gutiérrez Pastor publican uno similar en composición y estilo, de la Colección Arenaza, de Madrid, que asignan a Cerezo. Está firmado por Cerezo el *Ecce Homo* del Museo de Bellas Artes de Budapest, pero ofrece diferencias. El torso aparece desnudo, aunque conserve la posición inclinada. Pero las manos son muy parecidas. En efecto, también en el ejemplar que aquí se atribuye a Cerezo de la colección madrileña, las manos tienen esos tonos vinosos, ese carácter sanguíneo de la complejión anatómica. Sólo un pintor de la calidad de Cerezo ha podido hacer ese soberbio rostro, que busca el alivio en la trascendente visión que el espectador imagina.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.